

Poesía atravesada por la vida y por la piel

Agustín Abreu-Cornelio

Nombreado en su país como el Dante Negro, João da Cruz e Sousa (1861-1898) sería a Brasil lo que para los hispanoamericanos es Rubén Darío, dada la magnitud de sus innovaciones en la lengua y las formas poéticas, así como por la introducción de una nueva sensibilidad equiparable al simbolismo mallarmeano. No obstante, Cruz e Sousa fue hijo de esclavos y, a pesar de nacer libre y protegido por una familia blanca conoció la opresión de primera mano, durante toda su vida e, incluso, tras su muerte.

Celebrado por sus coetáneos como poeta, orador y activista por la causa de la abolición y el reconocimiento de los derechos de los afrobrasileños, nunca pudo acceder a un empleo y una remuneración dignos de sus capacidades. La discriminación y la pobreza condicionaron su vida, la de su esposa e hijos, la mayoría muertos de tuberculosis a temprana edad. “El verdadero emparedado de una raza” (2021), escribió de sí en el último poema de *Evocaciones* (1898) libro que salió de imprenta pocos meses después de su muerte.

Compuesto por 36 poemas en prosa de clara genealogía baudelaireana, *Evocaciones* es el libro del cual provienen los dos poemas siguientes. A diferencia de la estética de los *Pequeños poemas en prosa*, donde vemos al poeta afrontado a las crudas contradicciones de la vida moderna parisina, en la obra del brasileño la crueldad se encarna y la voz poética enuncia desde el interior del dolor, como si la palabra fuera atravesada por la tragedia racial (“Dolor negro”) y por la condición de insania (“Balada de locos”) que causó la reclusión de la esposa del poeta en un hospital psiquiátrico.

La estética antes dicha obligó al traductor a mantener, en la medida de lo posible, la violencia contra el lenguaje expresada en neologismos estafalarios, proliferación de adverbios y superlativos, prolongación de la frase mediante coordinaciones o subordinaciones. En lugar de domesticar la poética de Cruz e Sousa, se intentó colocar al lector mexicano e hispanohablante en el forcejeo de la lectura original.

*E como os Areais eternos sentissem
fome e sentissem sede de flagelar,
devorando com as suas mil bocas tórridas
todas as rosas da Maldição
e do Esquecimento infinito,
lembraram-se, então, simbolicamente
da África!*

Sanguinolento e negro, de lavas e de trevas, de torturas e de lágrimas, como o

estandarte mítico do Inferno, de signo de brasão de fogo e de signo de abutre de ferro, que existir é esse, que as pedras rejeitam e pelo qual até mesmo as próprias estrelas choram em vão milenariamente?!

Que as estrelas e as pedras, horripelmente mudas, impassíveis, já sem dúvida que por milênios se sensibilizaram diante da tua Dor inconcebível, Dor que de tanto ser Dor perdeu já a visão, o entendimento de o ser, tomou de certo outra ignota sensação da Dor, como um cego ingênito que de tanto e tanto abismo ter de cego sente e vê na Dor uma outra compreensão da Dor e olha e palpa, tateia um outro mundo de outra mais original, mais nova Dor.

O que canta Réquiem eterno e soluça e ulula, grita e ri risadas bufas e mortais no teu sangue, cálice sinistro dos calvários do teu corpo, é a Miséria humana, acorrentando-te a grilhões e metendo-te ferro em brasa pelo ventre, esmagando-te com o duro coturno egoístico das Civilizações, em nome, no nome falso e mascarado de uma ridícula e rota liberdade, e metendo-te ferro em brasa pela boca e metendo-te ferros em brasa pelos olhos e dançando e saltando macabramente sobre o lodo argiloso dos cemitérios do teu Sonho.

Três vezes sepultada, enterrada três vezes, na espécie, na barbaria e no deserto, devorada pelo incêndio solar como por ardente lepra sidérea, és a alma negra dos supremos gemidos, o nirvana

*Y como los Arenales eternos sintieran
hambre y sintieran sed de flagelar,
devorando con sus mil bocas tórridas
todas las rosas de la Maldición
y del Olvido infinito,
ise acordaron, entonces, simbólicamente
de África!*

Sanguinolento y negro, de lavas y de tinieblas, de torturas y de lágrimas, como el estandarte mítico del Inferno, de signo de blasón de fuego y de signo de buitre de fierro, ¡qué existir es ese, que las pedras rechazan, y por el cual incluso las propias estrellas lloran en vano milenariamente!

Que las estrellas y las pedras, horripelmente mudas, impassibles, ya sin duda que por milenios se sensibilizaron delante de tu Dolor inconcebible, Dolor que de tanto ser Dolor perdió ya su visión, el entendimiento del ser, tomó por cierto otra ignota sensación del Dolor, como un ciego ingénito que de tanto y tanto de abismo tener de ciego siente y ve en el Dolor otra comprensión del Dolor y mira y palpa, tantea otro mundo de otro más original, más nuevo Dolor.

Lo que canta Réquiem eterno y solloza y ulula, grita y ríe risotadas bufas y mortales en tu sangre, cálice siniestro de los calvarios de tu cuerpo, es la Miseria humana, sometiendo a grilletes y metiendo fierros en brasa por el vientre, aplastando con el duro coturno egoístico de las Civilizaciones, en nombre, en el nombre falso y enmascarado de una ridícula y rota libertad, y metiendo fierros en brasa por la boca y metiendo fierros en brasa por los ojos y danzando y saltando macabramente sobre el lodo arcilloso de los cementerios de tu Sueño.

Tres veces sepultada, enterrada tres veces: en la especie, en la barbarie y en el desierto, devorada por el incendio solar como por ardiente lepra sidérea, eres el alma negra de los supremos gemidos, el nirvana negro, el río groso y torvo

negro, o rio grosso e torvo de todos os desesperados suspiros, o fantasma gigantesco e noturno da Desolação, a cordilheira monstruosa dos ais, múmia das múmias mortas, cristalização de esfinges, agrilhetada na Raça e no Mundo para sofrer sem piedade a agonia de uma Dor sobrehumana, tão venenosa e formidável, que só ela bastaria para fazer enegrecer o sol, fundido convulsamente e espasmódicamente à lua na cópula tremenda dos eclipses da Morte, à hora em que os estranhos corcéis colossais da Devastação, pelo Infinito galopam, galopam, colossais, colossais, colossais...

BALADA DE LOUCOS

*Oui, nulle souffrance ne se perd,
toute douleur fructifïe,
il en reste un arôme subtil qui se
répand indéfiniment dans le monde!*
M. De Vogué

Mudos atalhos a forana soturnidade de alta noite, eu e ela, caminhávamos.

Eu, no calabouço sinistro de uma dor absurda, como de feras devorando entranhas, sentindo uma sensibilidade atroz morder-me, dilacerar-me.

Ela, transfigurada por tremenda alienação, louca, rezando e soluçando baixinho rezas bárbaras.

Eu e ela, ela e eu! — ambos alucinados, loucos, na sensação inédita de uma dor jamais experimentada.

A pouco e pouco — dois exilados personagens do Nada — parávamos no caminho solitário, cogitando o rumbo, como, quando se leva a enterrar alguém, as paradas rítmicas do esquife...

Eram em torno paisagens tristes, torvas, árvores esgalhadas nervosamente, epilepticamente — espectros de esquecimento e de tédio, braços múltiplos e vãos sem apertar nunca outros braços amados!

de todos los desesperados suspiros, el fantasma gigantesco y nocturno de la Desolación, la cordillera monstruosa de los ayes, momia de las momias muertas, cristalización de esfinges, agrilhetada en la Raza y en el Mundo para sufrir sin piedad la agonía de un Dolor sobrehumano, tan venenoso y formidable, que solo él bastaría para hacer ennegrecer el sol, fundido convulsamente y espasmódicamente a la luna en la cópula tremenda de los eclipses de la Muerte, a la hora en que los extraños corceles colosales de la Destrucción, de la Devastación, por el Infinito galopan, galopan, colosales, colosales, colosales...

BALADA DE LOCOS

*Oui, nulle souffrance ne se perd,
toute douleur fructifïe,
il en rest un arôme subtil qui se
répand indéfiniment dans le monde!*
M. de Vogué

Mudos atajos afuera, en la soturnidad de la alta noche, yo y ella, caminábamos.

Yo, en el calabozo siniestro de un dolor absurdo, como de fieras devorando entrañas, sintiendo una sensibilidad atroz morderme, dilacerarme.

Ella, transfigurada por tremenda alienación, loca, rezando y sollozando bajito rezos bárbaros.

¡Yo y ella, ella y yo! —ambos alucinados, locos, en la sensación inédita de un dolor jamás experimentado.

A tanto y tanto —dos exiliados personajes de la Nada— parávamos en el camino solitario, cogitando el rumbo, como cuando se lleva a enterrar a alguien, las paradas rítmicas del esquife...

Había en torno paisajes tristes, torvos, árboles desgajados nerviosamente, epilépticamente —espectros del olvido y del tedio, ibrazos múltiples y vanos sin apretar nunca otros brazos amados!

Em cima, na eloquência lacrimal do céu, uma lua de últimos suspiros, morta, agoniadamente morta, sonhadora e niilista cabeça de Cristo de cabelos empastados nos lívidos suores e no sangue negro e esverdeado das letais gangrenas.

Eu e ela caminhávamos nos despedaçamentos da Angústia, sem que o mundo nos visse e se apiedasse, como duas Chagas obscuras mascaradas na Noite.

Longe, sob a galvanização espectral do luar, corria uma língua verde de oceano, como a orla de um eclipse...

O luar plangia, plangia, como as delicadas violetas doentes e os círios acesos das suas melancolias, as fantasias românticas de sonhador espasmado.

Parecia o foco descomunal de tocheiros arden-do mortuariamente.

A pouco e pouco — dois exilados personagens do Nada — parávamos no caminho solitário, cogitando o rumo, como, quando se leva a enterrar alguém, as paradas rítmicas do esquife...

Beijos congelados, as estrelas violinavam a sua luz de eternidade e saudade.

E a louca lúgubres litánias rezava sempre, soluços sem o limitado do descritível — dor primeira do primeiro ser desconhecido, originalidade inconsciente de um dilaceramento infinitamente infinito.

Eu sentia, nos lancinantes nirvanescimentos daquela dor louca, arrepios nervosos de transcendentalismos imortais!

O luar dava-me a impressão difusa e dormente de um estagnado lago sulfurescente, onde eu e ela, abraçados na suprema loucura, ela na loucura do Real, eu na loucura do Sonho, que a Dor quintessenciava mais, fôssemos boiando, boiando, sem rumos imaginados, interminamente, sem jamais a prisão do esqueleto humano dos organismos — almas unidas, juntas, só almas vogando, almas, só almas gemendo, almas, só almas sentindo, desmolecularizadamente...

Encima, en la elocuencia lagrimal del cielo, una luna de últimos suspiros, muerta, agoniadamente muerta, soñadora y nihilista cabeza de Cristo de cabellos empastados en los lívidos sudores y en la sangre negra y verdosa de las letales gangrenas.

Yo y ella caminábamos en los despedazamientos de la Angustia, sin que el mundo nos viese y se apiudara, como dos Llagas oscuras enmascaradas en la Noche.

Lejos, cabe la galvanización espectral de la luz lunar, corría una lengua verde del océano, como la orla de un eclipse...

La luz plañía, plañía, como las delicadas violetas enfermas y los cirios encendidos de sus melancolías, las fantasías románticas del soñador espasmado.

Parecía el foco descomunal de hacheros ardiendo mortuoriamente.

A tanto y tanto —dos exiliados personajes de la Nada— parábamos en el camino solitario, cogitando el rumbo, como cuando se lleva a enterrar a alguien, las paradas rítmicas del esquife...

Besos congelados, las estrellas violinaban su luz de eternidad y de saudade.

Y la loca lúgubres letanías rezaba siempre, sollozos sin lo limitado de lo descriptible —dolor primero del primer ser desconocido, originalidad inconsciente de un dilaceramiento infinitamente infinito.

Yo sentía, en los lancinantes nirvanecimientos de aquel dolor loco, ilas crispaciones nerviosas de transcendentalismos inmortales!

La luz lunar me daba la impresión confusa y durmiente de un estancado lago sulfurescente, donde yo y ella, abrazados en la suprema locura, ella en la locura de lo Real, yo en la locura del Sueño, que el dolor quintaescenciaba más, como ir a la deriva, a la deriva, sin rumbos imaginados, interminamente, sin jamás la prisión del esqueleto humano de los organismos —almas unidas, juntas, solo almas bogando, almas, solo almas gimiendo, almas, solo almas sintiendo, desmolecularizadamente...

E a louca rezava e soluçava baixinho rezas bárbaras.

Um vento erradio, nostálgico, como primitivos sentimentos que se foram, soprava calafrios nas suas velhas guslas.

De vez em quando, sobre a lua, passava uma nuvem densa, como a agitação de um sudário, a sombra da asa de uma águia guerreira, o luto das gerações.

De vez em quando, na concentração esfingética de todos os meus sofrimentos, eu fechava muito os olhos, como que para olhar para o outro espetáculo mais fabuloso e tremendo que acordava tumulto dentro de mim.

De vez em quando um soluço da louca, vulcanizada balada negra, despertava-me do torpor doloroso e eu abria de novo os olhos.

E outro soluço, outro soluço para encher o cálix daquele Horto, outro soluço, outro soluço.

E todos esses soluços parecia-me subirem para a lua, substituindo miraculosamente as estrelas, que rolavam, caíam do Firmamento, secas, ocas, negras, apagadas, como carvões frios, porque sentiam, talvez! que só aqueles obscuros soluços mereciam estar lá no alto, cristalizados em estrelas, lá no Perdão do Céu, lá na Consolação azul, resplandecendo e chamejando imortalmente em lugar dos astros.

A pouco e pouco — dois exilados personagens do Nada — parávamos no caminho solitário, cogitando o rumbo, como, quando se leva a enterrar alguém, as paradas rítmicas do esquife...

O vento, queixa vaga dos túmulos, esperança amarga do passado, surdinava lento.

De instante a instante eu sentia a cabeça da louca pousada no meu ombro, como um pássaro mórbido, meiga e sinistra, de uma doçura e arcangelismo selvagem e medroso, de uma perversa e febril fantasia nirvanizada e de um sacrílego erotismo de cadáveres. Ficava tocada de um pavor tenebroso e sacro, uma coisa como que a Imaginativa exaltada por cabalísticos aparatos inquisitoriais, como se do seu corpo se desprendessem, enlaçando-me, tentáculos letárgicos,

Y la loca rezaba y sollozaba bajito rezos bárbaros.

Un viento erradizo, nostálgico, como primitivos sentimientos que se fueran, soplabla calosfríos en sus viejas guzlas.

De vez en cuando, sobre la luna, pasaba una nube densa, como la agitación de un sudario, la sombra del ala de un águila guerrera, el luto de las generaciones.

De vez en cuando, en la concentración esfingética de todos mis sufrimientos, cerraba mucho mis ojos, como para mirar otro espectáculo más fabuloso y tremendo que despertaba tumultos dentro de mí.

De vez en cuando un sollozo de la loca, vulcanizada balada negra, me despertaba del torpor doloroso y yo abría de nuevo los ojos.

Y otro sollozo, otro sollozo para henchir el cálix de aquella Huerta, otro sollozo, otro sollozo.

Y todos esos sollozos me parecían subir hacia la luna, sustituyendo milagrosamente las estrellas, que rodaban, caían del Firmamento, secas, huecas, negras, apagadas, como carbones fríos, porque sentían, ¡tal vez!, que solo aquellos oscuros sollozos merecían estar allá en lo alto, cristalizados en estrellas, allá en el Perdón del Cielo, allá en la Consolación azul, resplandeciendo y llameando imortalmente en lugar de los astros.

A tanto y tanto —dos exiliados personajes de la Nada— parábamos en el camino solitario, cogitando el rumbo, como, cuando se lleva a enterrar a alguien, las paradas rítmicas del esquife...

El viento, quejo vago de los túmulos, esperanza amarga del pasado, susurraba lento.

De instante a instante yo sentía la cabeza de la loca posada en mi hombro, como un pájaro mórbido, tierna y siniestra, de una dulzura y arcangelismo salvaje y medroso, de una perversa y febril fantasía nirvanizada y de un sacrílego erotismo de cadáveres. Estaba tocada de un pavor tenebroso y sacro, una cosa como la Imaginativa exaltada por cabalísticos aparatos inquisitoriales, como si de su cuerpo se desprendiesen, enlazándome, tentáculos letárgicos, velludos y

veludosos e doces e fascinativos de um animal imaginário, que me deliciassem, aterrando...

Eu a olhava bem na pupila dos grandes olhos negros, que, pela contínua mobilidade e pela beleza quente, davam a sugestão de dois maravilhosos astros, raros e puros, abrindo e fechando as chamas no fundo mágico, feérico da noite.

Naquela paisagem extravagante parecia passar o calafrio aterrador, a glacial sensação de um hino negro cantado e dançado agoureiramente por velhas e espectrais feiticeiras nas trevas...

A lua, a grande mágoa requintada, a velha lua das lágrimas, plangia, plangia, como que na expressão angustiada, na sede mais cega, na mais latente ansiedade de dizer um segredo do mundo...

E eu então nunca mais, nunca mais me esquecerei daqueles ais terríveis e evocativos, daquelas indefiníveis dolências, daquela convulsiva desolação, que sempre pungentemente badalará, badalará, badalará na minha alma dobras agudas e lutosos de uma Ave-Maria maldita de agonias, como se todos os bons Anjos da Mansão se rebelassem um dia contra mim cantando em coro reboantes, conclamantes hosanas de perseguição e de fel!

Nunca! nunca mais se me apagará do espírito essa paisagem rude, bravia, envenenada e maligna, todo aquele avérrico e irônico Pitoresco lúgubre, por entre o qual silhueticamente desfilamos, eu, alucinado num sonho mudo, ela, alienada, louca — simples, frágil, pequenina e peregrina criatura de Deus, abrigada nos caminhos infinitos deste tumultuoso coração.

Só quem sabe, calmo e profundo, adormecer um pouco com os seus desdêns serenos e sagrados pelo mundo e escutou já, de manso, através das celas celestes do mistério das almas, uma dor que não fala, poderá exprimir a sensação aflitíssima que me alanceava...

dóciles y fascinativos de un animal imaginario, que me embargasen, aterrándome...

Yo la miraba bien en la pupila de los grandes ojos negros que, por la continua movilidad y por la caliente belleza, daban la sugestión de dos maravillosos astros, raros y puros, abriendo y cerrando las llamas en el fondo mágico, feérico de la noche.

En aquel paisaje extravagante parecía pasar el calosfrío aterrador, la glacial sensación de un himno negro cantado y danzado agoreramente por viejas y espectrales hechiceras en las tinieblas...

La luna, la gran magulladura refinada, la vieja luna de las lágrimas, plañía, plañía, como en la expresión angustiada, en la sed más ciega, en la más latente ansiedad por decir un secreto del mundo...

Y yo entonces, nunca más, nunca más olvidaré aquellos ayes terribles y evocativos, aquellas indefinibles dolencias, aquella convulsiva desolación, que siempre secamente doblarán, doblarán, doblarán en mi alma tañidos agudos y luctuosos de un Ave María maldito de agonías, como si todos los buenos Ángeles de la Mansión se rebelaran un día contra mí cantando en coro retumbantes, clamantes hosanas de persecución y de hiel!

¡Nunca! Nunca más se me borrará del espíritu ese paisaje rudo, bravo, envenenado y maligno, todo aquel avérrico e irónico Pintoresco lúgubre, por entre el cual siluéticamente desfilamos, yo alucinado en un sueño mudo; ella, alienada, loca — simple, frágil, pequeñita y peregrina criatura de Dios, abrigada en los caminos infinitos de este tumultuoso corazón.

Solo quien sabe, calmo y profundo, adormecer un poco con sus desdenes serenos y sagrados por el mundo y escuchó ya, de manso, a través de las celdas celestes del misterio de las almas, un dolor que no habla, podrá exprimir la sensación aflitíssima que me alanceaba...

Ah! eu compreendia assim os absolutos Sacrifícios que redimem, as provações e resignações que transfiguram e renovam o nosso ser! Ah! eu compreendia que um Sofrimento assim é um talismã divino concedido a certas almas para elas adivinharem com ele o segredo sublime dos Tesouros imortais.

Um Sofrimento assim despertava em mim outras cordas, fazia soar outra obscura música. Ah! eu me sentia viver desprendido das cadeias banais da Terra e pairando augustamente naquela Angústia, tremenda, que me espiritualizava e disseminava nas Forças repurificantes da Eternidade!

E como dentro de mim estava aberto para ela o suntuoso altar da Piedade e da Ternura, eu, com supremos estremecimientos, acariciava essa alucinada cabeça, eu a levantava sobre o altar, acendia todas as prodigiosas e irisantes luzes a esse fantasma santo, que ondulava a meu lado, no soturno e solene silêncio de fim daquela sonâmbula peregrinação, como se ambos os nossos seres formassem então o centro genésico do novo Infinito da Dor!

¡Ah! ¡Yo comprendía así los absolutos sacrificios que redimen, las provocaciones y resignaciones que transfiguran y renuevan nuestro ser! ¡Ah! Yo comprendía que un Sufrimiento así es un talismán divino concedido a ciertas almas para que ellas con él adivinen el secreto sublime de los Tesoros inmortales.

Un Sufrimiento así despertaba en mí otras cuerdas, hacía sonar otra obscura música. ¡Ah! Yo me sentía vivir desprendido de las cadenas banales de la Tierra y sobrevolando augustamente aquella Angustia, tremenda, ique me espiritualizaba y disseminaba en las Fuerzas repurificantes de la Eternidad!

Y como dentro de mí estaba abierto para ella el suntuoso altar de la Piedad y de la Ternura, yo, con supremos estremecimientos, acariciaba esa alucinada cabeza, yo la levantaba sobre el altar, encendía todas las prodigiosas e irisantes luces para ese fantasma santo que ondulaba a mi lado, en el soturno y solemne silencio de fin de aquella sonâmbula peregrinación, icomo si ambos seres nuestros formasen entonces el centro genésico del nuevo Infinito del Dolor!

REFERENCIAS

- Da Cruz e Sousa, João (1995), Cruz e Sousa: Obra completa, 4 vols., Río de Janeiro, Nova Aguilar.
- Da Cruz e Sousa, João (2021), El emparedado, Círculo de Poesía, México, disponible en <https://circulodepoesia.com/2020/06/poesia-brasilena-joao-da-cruz-e-sousa/>

AGUSTÍN ABREU CORNELIO. Doctor en Literaturas hispánicas por la University of Pittsburgh, Estados Unidos; Maestro en Escritura creativa por la The University of Texas at El Paso, Estados Unidos; y Licenciado en Letras hispánicas por la Universidad Modelo (UNIMODELO), México. Actualmente, es profesor de la Maestría en Arte, Cultura y educación en el Centro Internacional de Posgrado y miembro del departamento editorial de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT), México.